

NO MAS DEBERES SIN DERECHOS.



NOMAS DERECHOS SIN DEBERES.

EL CONDENADO.

PERIÓDICO SOCIALISTA.

UN REPUBLICANO UNITARIO.

(APUNTES PARA LA HISTORIA.)

Es abogado, director de un periódico, defensor de la familia, de la propiedad, del orden, partidario del principio de autoridad.

Trabajó y trabaja por difundir, entre los demás, el amor al trabajo.

Combate tenazmente el inmoderado deseo de gozos materiales.

Un día, escribió refiriéndose á un manifiesto de el consejo federal de la Internacional había publicado, las siguientes palabras: «El que quiere lo de otro, carece de dignidad y de virtudes.»

Si bien es cierto que no dijo de qué carecía que no se limitase á quererlo solamente, fué, no dudarlo, porque no venia á cuento; pero á cualquiera se le ocurre que no sería de lo que hubiese robado.

En el mismo artículo, reveló muchos misterios de la tremebunda asociación Internacional, con lo que prestó un señalado servicio á la ciudad amenazada.

Dijo el número de miembros de que se componía en Madrid.

El total de los que contaba en España.

Explicó sus aspiraciones, tendencias é ideas.

Dió á conocer la manera de anonadarla, y citó á la sociedad á combatirla.

El referido artículo, concluye con estas palabras: «¡Si en Madrid no sois ni 300 los haranes que pedís esos absurdos, como no sois ni 0.000 en toda España! ¡Cuánta farsa francesa este pobre país! Salga el grito de todo pueblo verdaderamente español, sean las que quier sus ideas: ¡guerra á todos los farsantes!»

Cuando nosotros leímos esto, nos atrevimos poner en duda que perteneciese él á la Internacional.....; (debemos ser francos; fué algo

más que ponerlo en duda, lo aseguramos casi): pero señores, á cualquiera le hubiera pasado dos cuartos de lo mismo, ¿no es verdad?

Pues para que Vds. no se fien de las apariencias, han de saber que nos ha hecho comparecer ante los tribunales; sí, señores, y hemos acudido, y se ha celebrado el juicio, y su apoderado ha pagado allí no sabemos cuantos reales, y....

Avisaremos con lo que ocurra.

EL 34 Y EL 35.

El 34 era un hombre de pelo en pecho, de cejas cerdosas y entreceñas, de mirada valiente y habla seca é impetuosa.

El 35, por el contrario, era de naturaleza suave, enclenque de miembros y apocado de ánimo. Parecía más viejo que su compañero, y sin embargo, éste le llevaba diez años á lo menos.

Habían entrado los dos en un mismo día en el hospital, y les habían colocado el uno al lado del otro.

Solían hablarse, aunque no mucho, porque el 34 pasaba largos ratos como reflexionando, y á veces solo con monosílabos respondía á su vecino; si bien en ciertas ocasiones, como si experimentara la necesidad vehemente de un desahogo, se soltaba á hablar, y entonces no hacia caso de respuestas ni interrupciones, á no ser que estas le contrariaran, en cuyo caso se hacia cargo de ellas con exasperación notable.

Había estado buen rato mirando al techo y moviendo los labios, hablando sin duda consigo mismo.

El 35 le miraba embozado y seguía con los labios los movimientos que le veía hacer.

Por último, el 34 sacó los brazos fuera de las sábanas, se puso las manos cruzadas debajo de la cabeza, estiró las piernas y dió un bostezo de fastidio.

Su vecino le miró con lástima, y le preguntó:

—¿Cómo estamos?

—Mal, respondió el 34.

—¿Peor que ayer?

—Sí; porque cada día que pasa nos acerca el momento en que nos pelarán, nos lavarán, nos extenderán sobre el mármol y nos harán pedazos.

—¡Ay, Jesús!

—¡Ay, Marat! digo yo.

—Por amor de Dios, no se irrite Vd.

—Por amor de Vd. mismo, no sea necio. Yo era irritable cuando tenía 18 años, mucha robustez, jornal seguro y mucha vida delante de mí; y quiere Vd. que deje de irritarme viéndome viejo, enfermo, solo, en un hospital...?

—En parte... ¿Tiene Vd. familia?

—Tengo mujer y un hijo.

—Yo creía que no. Como no vienen á verle á usted...

—Mi mujer está enferma en la sala de mujeres. Es el núm. 18.

—Y el hijo...

—Cayó quinto. Fué el núm. 3.

—¡Jesús, María y José!

—¡Marat, Danton y Robespierre! digo yo.

—Le compadezco á Vd., co apañero. Veo que no tiene Vd. sentimientos religiosos.

—Vd. no ve nada. Toda la religion del mundo no podrá evitar que el hijo coma rancho de cuartel y los padres rancho de hospital.

—Pero, la conformidad...

—Sí; la conformidad sería gran cosa. Si los poderosos se conformasen con la mitad nada más del sudor del pobre, yo no estaría aquí, ni mi mujer tampoco, ni mi hijo lejos de mí.

—Cierto; pero el pobre tiene que conformarse...

—Pobres eran hace treinta años casi todos los que hoy son ricos, y no se conformaron.

—Ya; pero...

—Sr. 35, Vd. debe haber sido siempre como el perro que no ladraba ni dejaba ladrar. Mi abuelo murió y fué enterrado de limosna; mi padre trabajó 43 años y no pudo ahorrar una peseta; y á mí ya me ve Vd. donde estoy; mi hijo, al salir de las filas, no tendrá instrucción ni hábitos de trabajo; y ¿todavía me pide Vd. más conformidad?

—Hombre... yo lo decía para bien de Vd. y sin ánimo de lastimarle. ¡Ah, si fuese Vd. persona religiosa; si pensara Vd. en otra vida...!

—¡Calle Vd. bobo! Lléneme Vd. el hospital de sacerdotes que representen la miseria de tres ó cuatro generaciones, y verá Vd. cómo rabian.

—Si no esperan la bienaventuranza eterna...

—Aunque la esperen. La esperanza de estar bien en el cielo, no es motivo para no desear estar bien en la tierra.

—¡Ay, amigo 34! en la tierra nadie está bien.

—No; pero *est modus in rebus*.

—¡Cómo! ¿Sabe Vd. latín?

—Sé diablitos que nos lleven á todos. Dice usted que nadie está bien en la tierra. Hé aquí la muletilla de los que tras una larga vida de comodidades pueden pagarse espléndidos funerales. ¡Ah! El jefe de la religión tiene palacios, rentas, guardias, servidumbre, ejército, fortalezas... no morirá en el hospital, ¡no! El sí que puede aconsejar la resignación...

—Pero ¡desgraciado! ¿Cree Vd. que el Pontífice no padece mil tribulaciones?

—Pero ¡asno! ¿Cree Vd. que tiene á su mujer en esta casa y á su hijo en el ejército? ¡Oh estupidez! Compadezca Vd., compadezca Vd. á los poderosos, y pida Vd. imposibles á los desvalidos: así se perpetúan la ignorancia, la debilidad, la miseria; así en vez de aminorar el número de menesterosos, tendremos que alegrarnos de que se hayan de aumentar los hospitales. Comprendo á Neron hastiado de ver á millones de nécios ensalzando sus vicios: sí, lo comprendo cuando deseaba acabar con todos cortando una sola cabeza. Si ahora tuviese yo fuerzas, sreo que le ahogaba á Vd. ¡Enternecerse por los que nadan en el poder y las riquezas, y no echar de menos en mí otra cosa que la resignación...! Y si mi mujer sana, tendrá que pedir limosna; y si mi hijo no muere de un balazo, siempre será menesteroso... ¡Acaso muera en esta misma cama...!

El 34 murió á la madrugada siguiente con el nombre de Marat en labios.

El 35 le vió morir, y poseído de horror decía de él:

—Solo pensaba en los goces materiales: se conoce que su educación había sido muy descuidada. Y no era ignorante; pero las lecturas modernas...

ROBERTO ROBERT.

(Del Almanaque del *Gil Blas*.)

LA UTOPIA FILOSOFAL.

Confíeselos, queridos lectores, que las palabrejas con que encabezó mi artículo, hanme dado qué pensar, y aun que reír, desde que á guisa de metrallazo, no solo al buen decir, sino al sentido común, se sirvió lanzarlas el nunca bien ponderado D. Práxedes, en cierto documento de inapreciable valer.

Muchas, infinitas veces, he querido no recordarlas; pero trabajo inútil: tan buen acomodo han encontrado en mi cerebro, que en modo alguno he conseguido, y dudo ya si lo conseguiré algún día, el poderlas olvidar.

Ello es, que, en mi opinión, significan algo más elevado de lo que á muchos se les alcanza; pero así y todo ¿el qué? ni yo lo sé ni he encontrado quien me lo diga.

Bien que otro tanto me acontece con lo de que los socialistas predicamos la guerra de clases. ¡Insigne tontería! Un poco de tiempo y un mediano juicio bastan y sobran, para sin otro trabajo que el de compilar ciertos y significativos rasgos, presentar en la sociedad actual, destrozándose mutuamente clase con clase é individuos con individuos.

Atención que con pruebas hablo.

Leo en una *Revista de mercados* entre otras cosas:

«Peon mayor 7 rs.; idem menor 5 rs. *Caballería* mayor 12 rs.; idem menor 8 rs.»

¡Hé aquí un burro que gana más que un niño!

¡Hé aquí un mulo que gana más que un hombre!

Mas acaso os llamará la atención que el revistero de mercados asimila los animales racionales á los irracionales, al estampar los precios á que se cotiza el trabajo de ambos: yo no sé si por casualidad ó por significar que los cuadrúpedos *valen* más que los vípedos, lo hace así; pero puedo aseguráros que los que predicán amor al trabajo á las clases ignorantes como nos llaman, si les dijésemos, «en el mercado se cotiza más caro el trabajo de un burro que el de tu hijo», si con ojos espantados y cabellos crespos, no nos delataban á la autoridad, como enemigos de la familia, se apartaban de nuestro lado llamándonos infames.

Y sin embargo, leed *El Contribuyente*, Revista dedicada á la defensa de la propiedad y otros excesos, que allí encontrareis mucho más que esto.

La ley de remplazos previene que puede el rico por su dinero eximirse del servicio de las armas; con lo cual no queda muy bien parado que digamos cierto precepto constitucional que trata del deber que todos los ciudadanos tienen de servir á la patria; bien es verdad, que allá van leyes á do quieren reyes; pero lo innegable es, que con *utopia filosófica* y sin ella, la ley reconoce pobres y ricos; y dicho se está que los pobres no hemos de satisfacernos con los privilegios de los ricos.

La ley electoral de 20 de Agosto de 1870, establece ciertas prevenciones en su art. 1.º adicional, en virtud de los que la administración económica ha formado con los cincuenta mayores contribuyentes de la provincia una inapreciable lista, y de esta deduzco, que porque los Sres. Manzanedo, Murga, Casariego, Pozas y Lopez, (los cinco primeros que figuran en la citada), pagan al Estado anualmente la cantidad de 243.666,06 pesetas, tienen ciertas condiciones para ejercer ciertos cargos que yo no tengo. Es decir, lisa y llanamente, porque son ricos y yo soy pobre pueden desempeñar, y algunos los han desempeñado ya, cargos exprofeso creados por las leyes, para los poderosos y los magnates.

¡Esto si que es *utopia filosófica*! ó al menos á mí me lo parece. ¡Bien que como no entiendo ni esto ni aquello! Soy tan negado como todo eso.

Después de todo, si las leyes establecen clases y gerarquías, que al desarrollarse han de chocar y lastimarse unas con otras, entiendo yo ¡pero cómo tengo estas entendederas! que no á los socialistas sino á las cosas, á los hechos y á las leyes debe corregirse.

Peró sí, sí....., el perro ha de rabiar.....

¡Ya vereis cómo rabia...!

LOS NUEVOS REDACTORES DE EL CONDENADO.

(La escena es en nuestra redacción.)

Una voz desde la parte de afuera. ¿Hay permiso?

—Adelante.

(Abrese la puerta y aparecen los dos individuos que sostuvieron el diálogo que publicamos en el tercer número, acerca del manifiesto del consejo de la Internacional.)

El uno. (Quitándose el sombrero.) Muy buenas noches, señores.

El otro. (Con el sombrero puesto.) ¿Es aquí la redacción de EL CONDENADO?

—Para lo que Vd. guste mandar.

El otro. —¿Supongo que Vds. son redactores?...

—Y á sus órdenes.

El otro. —Pues bien; menos cumplimientos y vamos al grano.

—Ustedes dirán; pero tomen asiento. (Vamos á ofrecerles silla y no hay bastantes: somos cinco, incluso los recién llegados, y no hay más que cuatro. Primer momento de confusión.)

El uno. —Gracias, gracias, estoy bien de pié.

El otro. —Si no hay sillas para todos. (Siguen la confusión en aumento.)

—Efectivamente... como hace poco que... todavía no hemos...

El otro. —Sí, sí, comprendo; pero es igual: entrar aquí me hubiera encontrado con una distinta de lo que estoy viendo, es posible que estas horas, y acabamos de entrar, estuviésemos en la escalera. Soy franco, venia muy predisposto contra Vd.

—¿Podríamos saber la causa?

El otro. (Sentándose sobre la mesa.) Eso me pongo decírselos. ¿Estorbo aquí?

—Nada, hombre, nada.

El otro. —Vamos á ver. ¿Qué se propusieron ustedes al publicar la conversacion que tuvimos amigo y yo en el café Imperial?

—Hombre... publicarla, y justificar de ese modo la reproducción del manifiesto del Consejo. Usted comprenderá, por más que documentado esa naturaleza son siempre de actualidad, no damos prescindir de dar al público las razones teníamos para hacerlo, por ser ya conocido el manifiesto de muchas personas; pero prescindiendo eso, no veo que es lo que haya podido influir predisponer á Vd. en contra nuestra.

El otro. —La falta de formalidad que supuse prometer una cosa y dejar voluntariamente cumplirla.

—Creo que hemos dado en nuestro siguiente número las razones que nos lo impedían. Si Vd. le ha leído, es otra cosa.

El otro. —Pues precisamente porque le he leído he visto que no han cumplido Vds. su promesa de lamento que hayan Vds. preferido dar á luz un número de tonterías, á publicar el manifiesto que tiene la ventaja de decir al obrero la verdad que debe hacer en días que quizás no estén lejos.

—Vd. deberá saber que antes habíamos prometido...

El otro. —Pero Vds. debieron haber previsto antes de prometer otra cosa...

—No le falta á Vd. razón; pero ¿sabe Vd. de dónde es toda la culpa? de nuestro buen deseo, que queríamos publicar el manifiesto, y dar caricaturas, y hasta dar el periódico gratis si nos fuese posible...

El otro. —Pues de eso, de su deseo, es de lo que yo quería cerciorarme. ¿Se puede saber cuándo se publicarán Vds.?

—De una manera precisa no podemos fijar día; pero si el público sigue dispensándonos su favor siempre creciente en cada número, como lo hemos tenido la fortuna de que suceda hasta ahora, esperamos que no serán muchos los números á que lleguen, sin aumentar el tamaño, y entonces... les referiré...

El otro. —Lo que es el número pasado, no recuerdo la gracia: aparte de la caricatura, ¿hizo el papel era bastante mediano.

—Agradezco su franqueza; pero no dejaré de hacerle una pregunta: ¿le disgustó por las ideas expresadas por la forma de exponerlas?

El otro. —Por la forma: lo que es en cuanto á las ideas, estoy con Vd... caramba; pues si sostengo cada lucha con ese amigo que está ahí, acerca del uno colectivismo y del comunismo, y de... que se yuliche, gúrense Vds. que él cree en Dios, reconoce el derecho al capital, el principio de autoridad—á pesar de la que se cree liberal... pero ahora caigo que les explico haciendo á Vd. perder su tiempo...

—Al contrario, amigo; lo que está Vd. haciendo es dándonos original para el número siguiente.

El otro. —Pero qué, ¿van Vds. á publicar esta bien esta conversacion?

—Como Vd. lo dice.

El otro. —¿Y dirán Vds. lo que les he dicho respecto al número pasado?

—Lo mismo que lo ha dicho Vd.

El otro. —Esa franqueza me da la garantía de la rectitud y me reconcilia con Vds.: y á propósito, ¿saben Vds. que esto me ha inspirado una idea feliz?

—¿A ver? Venga.

El otro. —Es muy sencilla. Se reduce á que...

PARALELOS.



El que más cobra.

NOTA.—Los lacayos visten librea encarnada.



El que mas paga.

NOTA.—No tiene lacayos.

dos no tienen inconveniente, vengamos por
an día ó dos cada semana, y cualquiera de us-
que ejemplo, el que tomó nuestra conversa-
del café, que no perdió ni una letra, sostiene
de lómica con mi amigo, y ya tienen Vds. en eso un
cuando para conocer todas las dudas y preocupa-
es, y poder dar á cada uno su razon contraria.
Dice Vd. bien. No solo aceptamos su pensa-
nos suito, sino que antes de haber tenido el gusto de
comodar con Vds., y refiriéndonos precisamente á su
sta allogo, digimos entre nosotros: Si fuese posible
meros á aquellos dos ciudadanos todas sus conversa-
ces... es referentes á la cuestion social, teníamos un
lo, no recurso para escribir esos artículos que tanta
tura, hacen, y cuyo esilo nadie sabe imitar lo
tante.

El otro.—Otra proposicion: venimos los dos y
enredamos á charlar sobre lo que nos parezca;
des toman los apuntes necesarios y los inser-
en EL CONDENADO.
Aceptado.
El uno.—De modo que Vds. me proponen, ó me
dicho, disponen que yo, que me encuentro tan
ante de las ideas que sustenta EL CONDENADO,
de la de ser redactor de ningun periódico, lo
precisamente del que...

El otro.—No prosiga Vd.: precisamente porque
ne las ideas que el periódico sustenta, es us-
nás necesario que yo. Vd. tiene buena fé, ¿no
Vd. lo que cree es, que nuestras ideas son
eptables y hasta perjudiciales; pero si Vd. se
enciase de que lejos de ser eso cierto, ellas y
ellas realizarían la justicia, matando la mise-
sé cáncer que nos corroe y del que se originan
norancia, el crimen y todos los males que afli-
la humanidad, si Vd. llegase á convencerse
propósito, Vd., así á lo menos lo supongo, las acepta-
una en el alma y la vida.

El uno.—¡Con el alma! miren Vds. el ateo.
ajada general.)
El otro.—Esto son reminiscencias...

El uno.—De modo que, volviendo á la cuestion,
yo entro á formar parte de la redaccion, ¿no es así?

—Exactamente; y su amigo de Vd.

El otro.—Mejor dicho; ya lo somos desde el ter-
cer número.

El uno.—Pues entonces, les pongo una condi-
cion. Que nunca, en ningun caso, por nada del
mundo, publiquen Vds. mi nombre, ni consiento
que lo digan siquiera en confianza: tengo razones.

—Puede Vd. estar tranquilo.

El otro.—Yo hago la misma exigencia; pero yo
es porque no quiero que ciertas personas se aperci-
ban de lo que tienen que temer de mí el día que to-
quen á bailar.

—Pueden Vds. estar tranquilos.

El uno.—Señores, muy buenas noches, y reco-
nozcanme Vds. como un amigo y servidor.

—Gracias, á lo mismo quedamos obligados.

El otro.—Ciudadanos, descansar; hasta otro día.
(Empiezan á bajar la escalera.)

Yo.—(Con intencionada entonación.) Vayan con
Dios los nuevos redactores de EL CONDENADO.

Entre las carcajadas del uno oimos estas pala-
bras del otro:

«Es preferible ir con cuidado.»

EL MOMENTO HISTÓRICO.

Nada tan caótico para los espíritus superficiales
como el actual momento histórico. Nada, sin embar-
go, tan lógico y comprensivo para los observadores
que razonan.

Los partidos fraccionados; las creencias perdi-
das; la autoridad en derrota; las clases corrompidas
ó disueltas; el organismo, en fin, de esta decrepita
sociedad, corroido, envilecido y amenazando der-
rumbarse de un momento á otro.

Sobrado es por cierto para inspirar temores á
los que ligera ó interesadamente piensan; y, ¡ay de
los que pretendieren evitar cortar su derrumbamien-
to, porque serán aplastados!

Sin brújula ni concierto, las clases privilegiadas, y

por consecuencia los partidos políticos en que se sub-
divide, se lamentan unos, otros amenazan, aquellos
se entregan confiadamente al dios éxito: sin ideas,
carecen de convicciones, y sin más que el grosero
instinto de conservacion, conspiran con sus cona-
tos de resistencia á su completo aniquilamiento;
escribiendo antes, eso sí, su última página en la
historia; nefando borron de su empedernida exis-
tencia.

¿Qué extraño, pues, que el momento histórico
parezca caótico á los que al observar ante sí al
proletariado vigoroso y enérgico, han de estremecer
se al contemplar su debilidad? ¿Cómo explicarse
que los párias sociales tengan fuerza y empuje su-
ficiente para desquiciar el organismo actual, cuan-
do ellos, que tan poderosos se juzgaban, no pueden
impedirlo? ¿Dónde están sus recursos, dónde su
imaginacion, dónde su ciencia que nada les sugie-
re, nada les inspira capaz de contener la terrible
avalancha que se les viene encima? ¡Ah! que no
han observado en su azoramiento y sobresalto, que
son débiles, no porque les falte fuerza material, en
la que confían, sino la intelectual, que tan en poco
tienen, sus mezquinos y estrechos cerebros, secos
por el egoismo no producen una idea!

Hé aquí la causa inexplicable, aun para ellos, de
su ineptitud y terror; hé aquí el motivo de su no
comprension del momento histórico.

En cambio, el proletariado, prescindiendo ó ne-
gando á Dios, rechazando la autoridad y la propie-
dad, hija de la holganza, del privilegio y la injusti-
cia, proclamando la solidaridad de la familia huma-
na, sin distincion de razas, nacionalidad ni color,
reconociendo en la reciprocidad la condicion única
de las relaciones humanas así en lo social como en
lo político, en la justicia el principio y el fin de las
humanas aspiraciones, es, á pesar de su pobreza,
en el momento actual, fuerte, poderoso é invenci-
ble: sí, invencible; ¿y cómo no? si su pensamiento
está esplendorosamente iluminado por la idea hu-
manidad!

Mientras que sus adversarios le niegan el derecho, él lo reconoce hasta en sus explotadores: á las amenazas de ahogar sus quejas á cañonazos contesta pidiendo libertad absoluta del pensamiento; á quien le ofrece limosna, le demanda justicia; defiende en nombre de la razón humana, al que en nombre de Dios le condena; en tanto que sus enemigos maquinan el fraccionamiento de la humanidad él proclama el colectivismo; á la idea de autocracia-aristocracia y aun democracia opone la de humanidad; al egoísmo, la fraternidad; á la violencia, el derecho: nunca clase alguna se presentó con semejante programa, ni mucho menos conoció como el proletariado conoce, el momento histórico de su advenimiento: y que este se halla próximo no puede dudarse; cuanto á él se opone, es viejo, caduco y corrompido, á su más leve esfuerzo desaparecerá, si, no lo dudeis. La monarquía tradicional al marcharse sellevó los reyes. Los reyes ya no existen. Pobres remedos, caricaturas de aquellos son los que como tales se nombran y se tienen por tales.

El proletariado lo sabe perfectamente y se rie de los incautos—cuya desgracia es tanta—que estiman como á sus predilectos amigos, á los que, no por amor á la institución monárquica, sino por egoístas miras, les colocaron en la clave del edificio, que falto de base, vacila ya y amenaza próxima ruina.

Otra de las fases del momento histórico—y no por cierto de menor importancia—es que, cuando los partidos en que se dividen los privilegiados hacen de su política una vil mercancía y la cotizan, el proletariado, prescindiendo de las conocidas con criterio exacto de sus derechos y en uso de sus deberes, practica una justa y grande, superior á las circunstancias y propia de su misión revolucionaria.

He ahí el secreto de su fuerza desconocida por sus enemigos y apreciado por él en cuanto vale: de aquí, que libre de estrechas y mezquinas preocupaciones, producto de su razón, espere triunfar, y triunfará.

Nada importa que en ciertos detalles, él, poco práctico, vacile y yerre; en cuanto lo observa, modifica su actitud, cambia de rumbo; pero sigue y sigue avanzando hasta llegar al fin que se propuso, iluminado por la idea que alumbró su pensamiento, guiado por la razón y la justicia, sus inspiradoras.

¡Fenómeno singular! cuanto el proletariado avanza, las clases privilegiadas, sus explotadoras, retroceden: cuanto más derechos reconoce aquel, más suspicaces y tiránicas son estos!

Es que el proletariado viene y las cracias se van.

Váyanse enhorabuena: les llegó su hora, su cadáver hiede y há largo tiempo que debió enterrarse.

TIZONAZOS.

Los católicos se organizan internacionalmente, es decir, se federan.

Yo ereia que con la ayuda de Dios les bastaba á los católicos; pero sin duda no es así.

¡El principio federativo reconocido por los católicos!... que me vengan ahora á negar su santidad. En lo sucesivo la infalibilidad y santidad del ciudadano Pío XI podrá negarse, pero el principio federativo ¿quién se atreverá?

Si hay algún valiente, que alce el dedo... y lo excomulga Su Santidad.

Hemos recibido la visita de un nuevo y querido colega italiano titulado *Il Martello* que se publica en Milan.

La viñeta que le sirve de cabeza es altamente significativa: representa una mano vigorosa empu-

ñando un martillo, con el cual golpea sobre una viñeta ó yunque, en el que se lee esta palabra: *Privilegio*.

En la primera columna del segundo número leemos esta advertencia: *Nuestro primer número ha sido secuestrado. El gerente fué reducido á prisión á consecuencia del secuestro.*

Sentimos el percance de tan estimable colega, y le enviamos nuestro fraternal saludo, devolviéndole la visita.

¡Ellos tienen al padre!

¡Nosotros al hijo!

¿.....?

También hemos recibido y les devolvemos la visita, *La Redención del Pueblo* de Reus, *El Fomento de las Artes y La Cooperación* de Madrid, así como á los revolucionarios y queridos colegas *La Razón* de Sevilla y *La Justicia* de Málaga.

Segun las últimas noticias de San Petersburgo, se había aumentado allí el pánico á consecuencia de haberse recrudecido algo en estos últimos días el cólera y la escarlatina, atacando el mal á algunas personas de posición.

¿Conque de posición? Pues está visto: la Internacional no se da un momento de reposo.

Un nido de burgueses, que con el nombre de *Casa de Comisión* se dedicaba á explotar la venta de géneros en Baltimore, recibió de la Habana diez mil cajas de azúcar.

Las vendió, y considerándose obligado á pagarlas, puesto que las había cobrado, debió dar oído á las predicciones de la Internacional, y se declaró en...

¿En huelga?

Eso es; en *huelga* al uso capitalista; en quiebra.

NOMBRES.	Líquido imponible próximo-mente ó renta anual a razón del 18 por 100.	Pesetas.	Líquido imponible próximo-mente ó renta anual a razón del 18 por 100.	Pesetas.	Quotas que pagan por territorial.	Pesetas.
M. de Manzanedo.	30.833	1.027	370.000	1.361.000	66.681,49	243.666,06
Murga.	28.753	955	345.000	1.252.500	62.140,62	
Casariago.	25.666	855	308.000	1.108.000	54.642,86	
Pozas.	16.583	552	199.000	716.200	35.070,98	
Lopez.	11.583	383	139.000	500.600	25.130,11	
TOTAL.	113.418	3.772	1.361.000	5.028.300		

Con 3.772 pesetas diarias pudieran sostenerse á razón de tres de jornal (segun la costumbre bur-

guesa) 1.247 trabajadores con sus respectivas familias, ó sean, por término medio á cuatro individuos por trabajador) 4.988 personas.

Mas como no son parásitos y sí productores, sultaria que los 1.247 individuos producirían riamente algo; y este algo seria, calculando en pesetas diarias por jornal, 6.230 pesetas diarias.

Esto, dada la organización de hoy; que una resuelta la cuestión social segun el colectivismo los jornales serian de tres pesetas, ni por tales entenderia lo que hoy se entiende.

Orillejo.

¿Qué quiere la Humanidad?

Verdad.

¿Qué pide con gran codicia?

Justicia.

¿Qué para combatir el mal?

Moral.

Pues si con tenaz porfia
Va buscando el bien social,
Hallará al fin en su día
Verdad, Justicia y Moral.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

DE EL CONDENADO.

Ciudadano J. G. V.—Ronda.—Servida su suscripción y tiene pagado hasta fin de Abril.
— F. G. C.—Ronda.—Id. id. id.
— M. L.—Lisboa.—Recibida su carta le dan las gracias por sus ofertas.
— J. C. R.—Lisboa.—Recibida su carta le damos las gracias.
— J. G. C.—Vigo.—Servido su pedido.
— J. P. C.—Zaragoza.—Recibida su carta y se sirve su pedido.
— L. A.—Valladolid.—Servido su pedido del número anterior.
— J. G. V.—Barcelona.—Recibida su carta y se le han remitido los números 4 y 5 que se sirve pedirnos.
— C. P.—Segovia.—Hemos recibido su carta y sentimos infinito su desgracia, por la cual ignorábamos; al mismo tiempo servimos gustosos su pedido.
— J. M. Y.—Tolosa.—Se le sirve su pedido y le damos las gracias.
— A. C.—Herencia.—Recibida su carta se le dan las gracias.
— V. A.—Coruña.—Recibida su carta servimos el gusto de servirle el pedido.
— T. V.—Teruel.—Recibida su carta y se sirve el pedido.
— D. A.—Tarazona.—Recibida su carta le damos las gracias por el número que nos remite.
— J. F.—Lisboa.—Recibida su carta y se le sirve el pedido y esperamos el próximo número Social.
— J. M.—Lisboa.—Recibida su carta servimos el envío al amigo. C. J. F.
— L. R.—Valladolid.—Recibida su carta y se sirve el pedido.
El Administrador, Secretario de la Redacción, Manuel Muñoz.

MADRID.—1872.

IMPRENTA DE M. MARTINEZ, TRAVESIA DE SAN MARCO.